

guiente año de 1941 para desempeñar interinamente la Cátedra de Solfeo y Piano en el Conservatorio de Música y Declamación de Córdoba.

En Febrero de 1943 fue nombrada Académico Correspondiente por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, siendo propuesta para Numerario en Marzo de 1944, verificando su ingreso el día 3 de Mayo de 1945.

El año 1944, en Oposiciones a Cátedras de Piano, obtuvo una plaza, eligiendo la que desempeñaba interinamente en el Conservatorio de esta ciudad, siendo nombrada por el Ministerio de Educación Nacional el año 1945, Secretaria de dicho Centro.

Como concertista de Piano ha actuado en numerosos recitales celebrados en Madrid y provincias, entre ellas Córdoba.

También en diversas ocasiones ha actuado como conferenciante, ofreciendo en todo momento las galas de su exquisita sensibilidad, de su extensa cultura y de su maravilloso arte musical.



### **Contestación de Don Francisco Algaba Luque**

SEÑORES ACADÉMICOS: Cuando, ya, en postrimerías de la vida caminamos por el mundo, con el cuerpo encorvado como buscando el pedazo de tierra que nos sirva de eterno lecho, Dios ha querido concederme un honor que, por grande e inmerecido, no podía siquiera sospechar: ¡Ser el vocero de esta Real y centenaria Academia en la recepción de la primera dama que ocupa un sillón de Numerario en nuestra solariega casa de las ciencias, las letras y las artes!

¡Bien venida seais, maga del sonido; hada nivea del divino arte! Vuestro acceso a esta mansión secular del espíritu de Séneca, a este remanso de paz, de cultura y de trabajo, es nuncio de bonanza y de futuras complacencias; ya que con vuestro maravilloso arte haréis vibrar nuestros corazones a impulsos del sentir y con vuestra sapiencia, musicóloga, bañaréis nuestras almas en las deliciosas aguas del conocer.

María Teresa, que con tal dicción se la conoce en los círculos más cultos y selectos de esta ciudad, vino a Córdoba el año 1941, y poco después cundía su nombre, con admiración y respeto de todos, por la exquisitez de su arte y amenidad de su trato. ¡No fué, en esta ocasión, la ciudad califal, exponente en la indiferencia moruna que, por tradición y recato, le atribuyen algunos!

Nació en Madrid y, por su gran precocidad y acusada disposición

para la música, comenzó sus estudios siendo aún muy niña. El Conservatorio de la Corte le concedió un primer premio de piano a la edad de trece años, después de hacer los estudios superiores con el notable profesor Don Joaquín Larregla. También ganó primer premio de armonía y composición, demostrando, con ello, que sus excelencias artísticas no eran solo virtuosismo hijo de la habilidad y la paciencia, sino que su intelecto corría pareja con la grácil, elegante y correcta presteza de sus dedos. ¡Para el conocimiento de la armonía se necesita una buena inteligencia y mejor memorial

La Academia de Bellas Artes de San Fernando le concedió la pensión fundada por el Conde de Cartagena, para la ampliación de estudios en París y allí, como en todas partes, triunfó María Teresa ganando el primer premio en el concurso internacional del año 1936. También fué premiada como pianista en otro concurso celebrado en Madrid el año 1931.

De sus grandes éxitos en recitales y conciertos dan testimonio los clamorosos aplausos que le tributaron los públicos del Teatro Español, Círculo de Bellas Artes, Sala María Cristina, Masa Coral, Hogar Vasco, Teatro Infanta Beatriz, Sociedad Filarmónica de Segovia y otros.

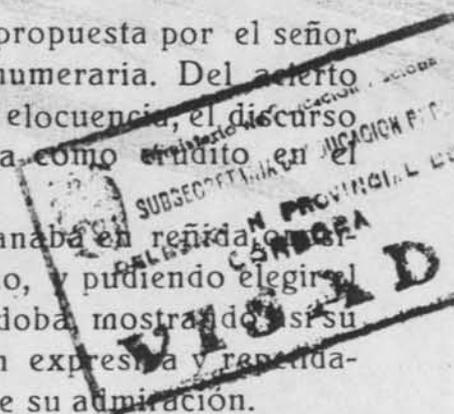
En el gran salón de nuestro Círculo de la Amistad ha dado dos conciertos y de su brillante actuación hemos sido testigos muchos de los asistentes a este acto.

El año 1943 fué nombrada Académico Correspondiente de esta docta Corporación y poco después nos deleitaba con una bellísima conferencia sobre la música en la época de Cervantes y más tarde con otra sobre el arte de Debussy, aderezando una y otra con muy sabrosas ilustraciones pianísticas.

Al terminar esta última conferencia fué propuesta por el señor Director y nombrada por aclamación, electa numeraria. Del acierto de aquel espontáneo acuerdo habla, con harta elocuencia, el discurso que acaba de leer, tan correcto en la forma como en el fondo.

Poco después, en Junio del pasado año, ganaba en renida elección celebrada en Madrid una cátedra de piano, y pudiendo elegir el Conservatorio de Valencia optó por el de Córdoba, mostrando así su predilección por esta hermosa ciudad que tan expresiva y repetidamente le había tributado el cálido homenaje de su admiración.

Con artístico acierto, femenina delicadeza y sentimental patriotismo, ha elegido la señorita García Moreno, para tema de su discurso



de recepción «*Las Cántigas o Cantigos de Santa María*», también llamadas «*Loores et Milagros de Nuestra Señora*», porque en ellas no solo se cantan las excelencias de la Madre de Dios, sino que también se relatan sus prodigios.

Es esta la obra cumbre de la poética y de la lírica española del siglo XIII, y sin miedo a la hipérbole, me atrevo a decir que del mundo entero en aquel tiempo. De ella ha dicho Don Juan Valera, en su libro «*Las Cantigas de Alfonso el Sabio*», publicado en Madrid el año 1882, que «la sencillez rápida y pintoresca con que todo lo refiere y la viveza enérgica, de colorido, con que lo pinta todo, dan a la obra un encanto superior a cualquiera otra narración de carácter sobrehumano».

Hay algunas Cantigas de índole eminentemente subjetiva, plenas de fé y de unción religiosa, que bien se las puede estimar como precursoras de la mística de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Otras, épico-narrativas, toman sus argumentos de las leyendas populares: recuerdan a San Isidoro en sus *Etimologías*, o al poema de la monja Rosswitha y son fuentes de inspiración de nuestros Romanceros, Cancioneros y de nuestro Teatro nacional. Díganlo, si nó, el *Cristo de la Vega*, *El Mágico Prodigioso*, de Calderón, *Margarita la tornera* y otras muchas.

Digno de especial mención es el relato de Teófilo, que vendió su alma al demonio y consiguió rescatarla por intercesión de la Santísima Virgen.

Pero no solo influyeron las Cantigas en la literatura española, si que también llegó al extranjero su poderío artístico. Próspero Mérimé, Arbol, Enrique Heine, Mistral, Goethe y el Dante en su tenebroso infierno, son claro exponente de esa soberana influencia. ¡Seis siglos antes de que Davidson escribiese la «Balada de la Monja», aparece el asunto tratado en las Cantigas con una originalidad y belleza insuperables!

Los versos o estrofas de esta obra singular, están escritos en gallego, a pesar del amor y entusiasmo de Don Alfonso, por el castellano. Ello se explica porque habiéndose criado este Rey en Galicia, es natural que sintiese por su idioma el tierno cariño que nos mueve el corazón hacia todo lo que recuerda y dice relación con nuestra infancia: por que, ciertamente, poseía el gallego una dulzura, una delicadeza, una armonía y una fuerza de expresión sentimental, que el sabio Rey quiso aprovechar para dar a sus Cantigas todo el interés que por su naturaleza y contenido requerían; por que en aquella épo-

ca estaba tan en boga la poesía luso-galáica, que competía en gracia y expresión con la provenzal y por que, ciertamente ayudaron estos trovadores a Don Alfonso en la Arquitectura de su obra magistral.

Son las Cántigas o Cantigas, que de las dos maneras es lícito decir, según que se acepte como raíz de la palabra el latín o el gallego, riquísimo monumento del parnaso místico español, exentas de artificios y testimonio rotundo y constante de la fé de un pueblo que, como he leído, no recuerdo en donde, mereció ser regido por reyes tan artistas y artistas tan soberanos.

Seiscientos años permaneció inédita esta monumental creación del genio humano, oculta en el polvo de los archivos toledano y escurialense, a pesar de estar comprendido en este lapso de tiempo el siglo de oro de nuestra literatura, hasta que en el año 1889 hizo el Sr. Márquez de Valmar, de esta valiosa joya, la rica y esmerada edición que patrocinó la Real Academia Española.

El sabio arabista y musicólogo D. Julián Ribera escribió el año 1922 una extensa obra con la transcripción o notación moderna de la música contenida en los Códigos hallados, que también editó y publicó la Real Academia.

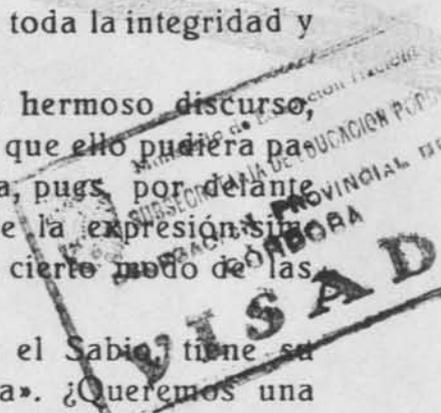
Ultimamente debemos mencionar otro gran musicólogo nacido en Tarragona, el sacerdote D. Higinio Angles. Escribió el año 1927 una obra, en catalán, titulada «Les Cántigas del Rei N' Anfos el Savi» y recientemente ha hecho una transcripción paleográfica de la música de la que nos ha dado a conocer algunas estrofas, la recipiendaria

¿Y en cual música tiene las cantigas su origen o raíz?

La señorita García Moreno ha hecho de este problema un estudio tan razonado, tan prolijo y tan científicamente académico, que yo ni siquiera me atrevo a comentar, para dejarlo con toda la integridad y pureza que su perfección merece.

Pero si no me es dable el comentario de tan hermoso discurso, tampoco puedo omitir la adecuada respuesta, ya que ello pudiera parecer falta de interés o implicar descortesía. Vaya, pues, por delante mi aplauso con clamor de admiración, seguido de la expresión simplista de mi criterio en este asunto, y síntesis, en cierto modo de las ideas vertidas por la nueva académica.

«La música de las Cantigas de Don Alfonso el Sabio tiene su origen y es hija legítima de la música española». ¿Queremos una prueba? Si algún estudioso intentase analizar los elementos artísticos



de la música española del siglo trece ¿no tomaría las Cantigas como cuerpo de disección?

La Península Ibérica, por su situación geográfica, la variedad de su clima, la belleza de sus paisajes, la frondosidad de su suelo y sus riquezas minerales, ha sido, en la historia como tierra de promisión, despertando codicias y anhelos en casi todos los pueblos del mundo. Y así los íberos, los celtas, los fenicios, los griegos, los romanos, los cartagineses, los visigodos y los árabes invadieron nuestra península, dejando tras de sí un reguero étnico y espiritual con el que se fué formando la raza hispánica y su cultura. No podía faltar la música, como componente de ésta, ya que su natural primitivismo y espontaneidad la hace inseparable del hombre de todos los tiempos y lugares.

Es la música, además, lenguaje natural del sentimiento que se transmite sin necesidad del común idioma ni de previas inteligencias.

De todos los pueblos invasores de España, acaso fueron los árabes los que más aportaron a su acervo musical. Por que si bien en un principio eran los musulmanes enemigos de este arte hasta el punto de proscribirlo como cosa nefanda, acabaron por introducirlo en sus casas, palacios y mezquitas como precioso ornato.

Los Omeyas trajeron a Córdoba, por primera vez, músicos de Oriente, que fueron recibidos con júbilo por que el pueblo español, como dice Abengalib era naturalmente músico.

Abderrahmán I trajo la esclava cantora Achía, que sabía acompañarse pulsando admirablemente las cuerdas del laúd.

Alhaquen trajo a las tres grandes artistas medinenses, Fádal, Adán y Calán, culminando la importación de música arábiga, con Ziriab en el reinado de Abderrahmán II.

Era Ziriab gran cantor, compositor, hábil tañedor de laúd y conecedor de más de diez mil canciones. Hombre bastante culto, de porte fino y distinguido, fué el verdadero introductor en España de la música árabe con sus mixtificaciones persas, sirias y bizantinas.

De este modo y con el sedimento que dejaban los pueblos invasores, se formó la música genuinamente española de la que fueron las Cantigas su más elevada expresión.

Esta música, nacida en Andalucía, según opinión del señor Ribera, a la que se llamó despectivamente ficta, con sus nuevas modalidades rítmicas, modulantes, cromáticas y armónicas, se fué extendiendo por el mundo entero, siendo base de las tonalidades y formas melódicas del siglo XIX.

Conocida la génesis de la música española, no es extraño que en las Cántigas, su obra cumbre y admirable síntesis del siglo trece, se encuentren vestigios y reminiscencias de las canciones y modalidades rítmico-melódicas de los pueblos que tan directamente intervinieron en su biología.

(Las concomitancias a que alude la señorita recipiendaria con ciertos cantos tradicionales conservados en el Cáucaso, no me las explico con plena satisfacción y verosimilitud. Pero acaso fueron traídos aquí por algún pueblo invasor o llevadas allí por viajeros, comerciantes o juglares).

Aunque las Cántigas se apelliden de D. Alfonso el Sabio, opina D. Juan Valera que no todas ellas fueron escritas por este Rey. Foulché-Delbosc abunda en la misma creencia por que «la diversidad de estilo, la repetición de un mismo argumento expuesto con muy diversa inspiración y fortuna, y ciertas variantes de lenguaje que, aún, podría arguir lapsos de tiempo nada breves, dan crédito y consistencia a la opinión del señor Valera.

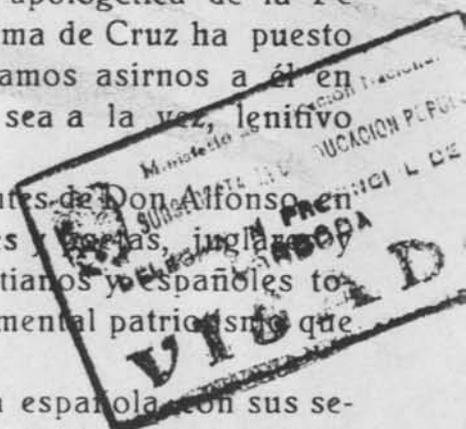
Pero aunque así sea lo cierto, es de presumir, que ninguna de ellas fuese extraña al sabio Rey, ya que al disponer que se cantasen ante su tumba, mostró por la obra un amor que solo suelen inspirarnos nuestras creaciones.

Y si Don Alfonso X, no fué el autor exclusivo de las Cantigas, ¿quiénes fueron sus colaboradores, quiénes le ayudaron en su árdua y delicada empresa?

Algunos eruditos, con bastante autoridad en la materia, opinan que fueron juglares moros y judíos, en su mayor parte, los colaboradores de Don Alfonso. Sin detenerse a considerar que esos hombres, eternos enemigos de nuestra santa religión, no podían ser requeridos por el sabio Rey para colaborar en una obra apologética de la Fe Cristiana; ese leño misterioso que Dios, en forma de Cruz ha puesto en el piélago inmenso de la vida para que podamos asirnos a él en las grandes borrascas del espíritu, y para que sea a la vez, lenitivo de dolor y aliento de la esperanza.

En nuestra modesta opinión, los coadyuvantes de Don Alfonso la invención de las Cantigas, fueron trovadores, juglares, músicos de todas las clases sociales, pero cristianos y españoles todos, como cuadra al espíritu de piedad y sentimental patriótico que rezuma la obra.

No solamente se extendió la típica música española con sus se-mifonos y nuevos ritmos por todo el mundo conocido entonces, como



asegura el señor Ribera, si que también, saltando por el Océano, fué en alas de sus legendarios conquistadores a tierras ignotas formando parte del imperio espiritual que allí fundara España y que, por estar basado en el amor, será imperecedero.

De la hibridación de nuestros cantos con las melodías aborígenes, nació el lírico mestizaje, del que fué delicado y sentimental prototipo el Yaravi, titulado «De blancas tierras», que cantan los peregrinos promesantes, al monasterio de Copacabana en la ribera del alto lago Titicaca.

Aunque las Cantigas permanecieron seis siglos olvidadas en los códices, es lo más probable que muchas de sus bellísimas estrofas se transmitiesen y propagasen de oído embarcando con rumbo a las nuevas tierras descubiertas, en donde su influencia se acredita por la semejanza de sus cadencias y giros melódicos, con los yaravies y otros mestizos cantos que aún se conservan en el odre popular.

Fé, religión, sangre, idioma, cultura, música... todo lo dió España, hidalga y pródiga, al mundo nuevo que descubriera con su descomunal aventura... Por eso, hoy, cuando se asoma al cabo Finisterre y sobre los acantilados de la costa llama y canta clamorosa, no se pierden los ecos de su voz en el sordo rumor de las aguas oceánicas, sino que allende los mares hay millones y millones de hombres que al oír el habla que aprendieron en su niñez y las melodías que les arrullaron en la cuna, exclaman, con júbilo, llenos de alegría ¡Oyes... Oyes?, es madre que nos llama! Corramos presurosos a la playa a recoger el beso de eterno amor que nos envía.

¡Bien venida seáis, maga del divino artel El Rey sabio, Don Alfonso, con sus Cantigas inmortales, os abrió de par en par las puertas de esta mansión. Sois la primera dama a quien la Academia cordobesa concede el título de Numerario. Si con ello recibís honor, bien lo pagais con el que nos dá vstra presencia.

Al dintel de nuestro hogar salimos todos los que en él vivimos ya, para recibiros con la hidalga galantería, distinción y complacencia que vos mereceis.—HE DICHO.